El armario de los cordones sin pareja

Relato original · Shyvirelle

En el edificio de la calle Olmo había una costumbre que nadie recordaba haber aprobado: cualquier objeto sin pareja terminaba en el armario del descansillo. Allí habían esperado un guante de invierno, la tapa de una jarra y una llave cuyo dueño prefería no averiguar qué abría. Adolfo, que administraba aquel armario por voluntad propia, decidió poner orden el día que se le rompió un cordón.

No le faltaban zapatos. Le faltaba un cordón, y le parecía un disparate comprar un par para resolver una necesidad de uno. Abrió el cajón inferior, lo limpió con una servilleta y anunció que recibiría los cordones sueltos de todo el edificio. Si cada vecino entregaba uno, pensó, tarde o temprano aparecería su pareja exacta.

Colocó el primero sobre la madera: negro, redondo, con una punta deshilachada. Luego esperó junto al armario, con la seriedad de quien inaugura una biblioteca.

La primera en llegar fue Teodora, del segundo. Traía un cordón azul marino que le había sobrado después de cambiar las zapatillas de su hijo.

—El mío es negro —advirtió Adolfo.

—Ya lo veo.

—No hacen pareja.

—Entonces quedará a la espera —contestó ella, y cerró el cajón con suavidad.

Al día siguiente apareció uno blanco y plano. Después, uno rojo demasiado corto para cualquier zapato que Adolfo conociera. Una vecina del cuarto llevó uno color crema y preguntó si podían intercambiarse por colores parecidos. Adolfo le explicó que la iniciativa no era una tienda, sino una solución comunitaria basada en la coincidencia exacta. Ella lo escuchó con paciencia.

—¿Y cómo sabrá cuál es exacto?

Adolfo sacó dos cordones negros y los sostuvo a la misma altura. Uno terminaba varios dedos antes que el otro.

—Con cuidado —dijo.

Durante dos semanas, el cajón estuvo cada vez más lleno y los zapatos de los vecinos siguieron igual. Nadie se animaba a llevarse dos cordones distintos porque habría parecido una infracción de una norma que no existía escrita, pero que Adolfo pronunciaba con la autoridad de un reglamento.

El jueves, Miguel bajó con una zapatilla en la mano. Le faltaba un cordón y necesitaba salir en veinte minutos. Adolfo abrió el cajón y comenzó a buscar.

—Tengo dos grises —anunció.

—La zapatilla es verde.

—Entonces no sirven.

Miguel miró el cajón.

—Si la sujetan, a mí me sirven.

—Pero no son pareja de ese zapato.

Miguel dejó la zapatilla en el suelo, eligió uno de los grises y lo pasó por los ojales. Tiró de los extremos. El nudo quedó firme.

—Ahora sí es su cordón —dijo.

Adolfo no respondió. Aquello resolvía el problema del zapato, pero amenazaba la idea que daba sentido a su armario. Se limitó a cerrar el cajón un poco antes de tiempo.

La discusión verdadera llegó el sábado. Leire, la joven del quinto, estaba preparando un viaje y bajó con dos maletas. Una era azul oscuro y la otra también. Su madre le había prestado la segunda, y Leire no quería confundirlas cuando las recogiera de la cinta de equipaje.

—Busco dos cordones que se vean desde lejos —explicó.

Adolfo se entusiasmó. Por fin alguien comprendía el valor de su reserva.

—¿Del mismo color?

—No. Lo más diferentes posible.

El encargado del cajón la miró como si acabara de pedir un paraguas con dos mangos. Teodora, que había salido al escuchar las ruedas de las maletas, se acercó a la escalera. Miguel apareció un momento después, ahora con la zapatilla bien atada.

Leire extendió sobre el suelo dos cordones: uno amarillo muy vivo y otro violeta, grueso y corto. Ató el amarillo al asa de una maleta y el violeta a la otra. Caminó unos pasos, se volvió y reconoció cada una sin vacilar.

—Es justo lo que necesitaba.

—No forman pareja —dijo Adolfo, ya sin tanta energía.

—Para eso están bien —respondió Leire—. Si fueran iguales, volvería a confundirme.

Teodora soltó una risa breve. Miguel señaló sus zapatos, que ahora lucían cordones de dos colores.

—Ni los míos están tristes.

Adolfo miró el cajón. Había pasado semanas esperando combinaciones perfectas y acababa de ver dos soluciones que no requerían ninguna. No quería rendirse tan pronto.

—Pero si todos escogen al azar, ¿cómo encontrará nadie el que le falta?

—Puede encontrar el que le sirva —dijo Teodora.

—No es lo mismo.

—Para un zapato que hay que atar, a veces sí.

Leire acabó de ajustar los nudos y dio las gracias. Subió a despedirse de su madre. Los tres vecinos se quedaron ante el armario, sin el ruido de las maletas que les había servido de excusa para reunirse.

Miguel preguntó entonces por qué Adolfo había tenido tanta urgencia en organizarlo todo. La respuesta tardó más de lo esperado.

—Porque yo había guardado once cordones —admitió Adolfo.

—¿Once? —repitió Teodora.

—Uno cada vez que cambiaba unos zapatos o se rompía el otro. Me daba rabia pagar un par nuevo si aún tenía uno bueno. Pensé que algún día esos once iban a ahorrarme una compra.

Teodora abrió el cajón hasta el fondo. Había cordones de muchas longitudes y grosores, algunos procedentes de Adolfo, otros de vecinos que se habían contagiado de su esperanza. Ninguno parecía tener prisa por encontrar un igual.

—Pues ya te han ahorrado una cosa —dijo—: comprar etiquetas para las maletas de Leire.

Adolfo tuvo que reírse. Retiró el papel en el que había escrito «Solo parejas exactas» y lo dobló hasta que desaparecieron las palabras. No puso otro aviso. El armario siguió allí, disponible para quien necesitara algo, y los cordones dejaron de esperar una coincidencia antes de resultar útiles.

Esa noche, antes de apagar la luz del descansillo, Adolfo se inclinó para recoger un cordón naranja que había quedado fuera del cajón. Lo sostuvo junto al negro que todavía llevaba en el bolsillo. No se parecían en nada. Se los guardó juntos de todos modos.